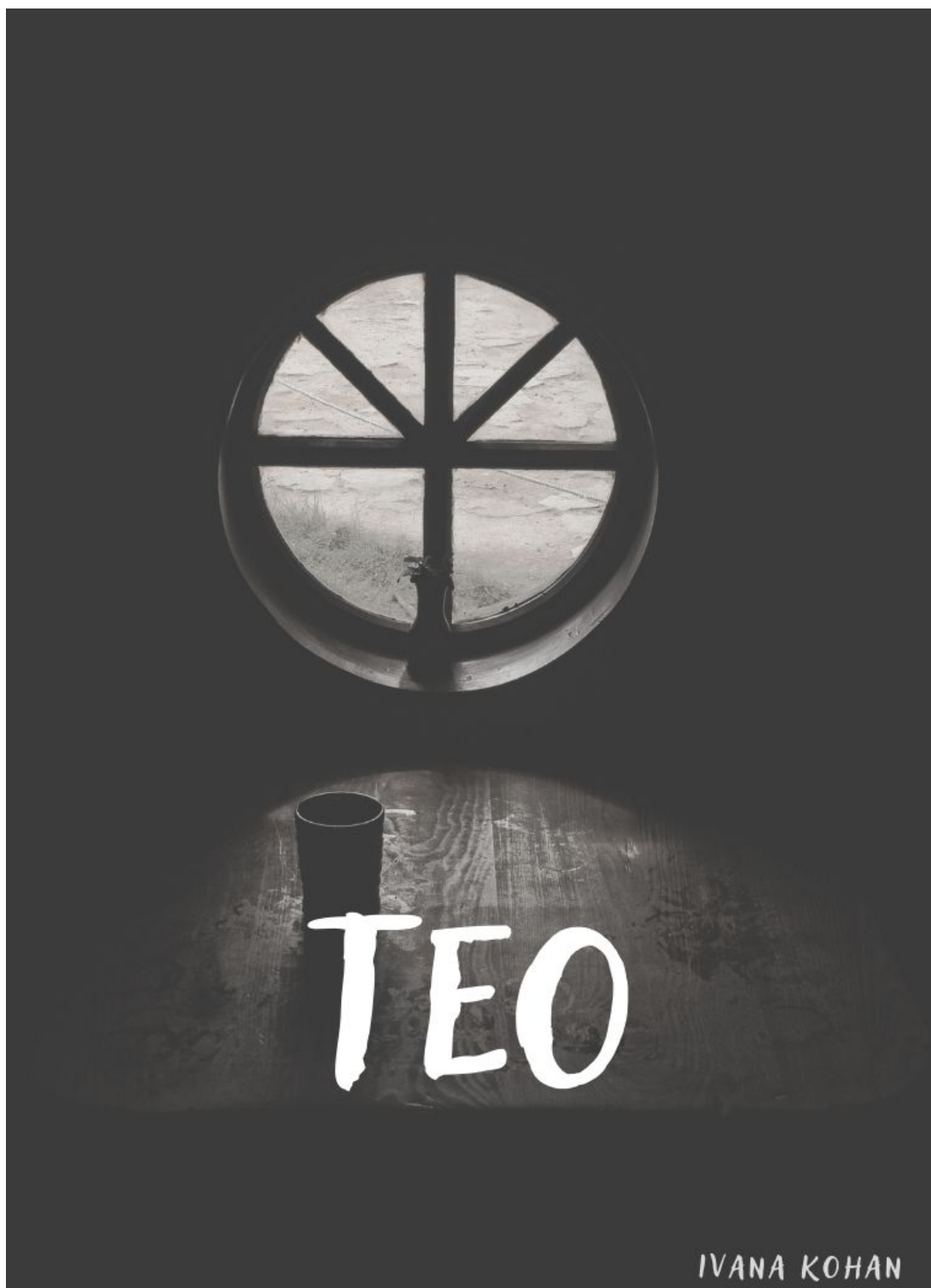


Teo

Ivana K



Capítulo 1

Era un miércoles de julio y si no era el día más frío del año, pegaba en el palo.

Después de trabajar todo el día para un jefe que podría ser el mismísimo diablo, hacer de remisera de Mateo (casa-escuela, escuela-basquet, basquet-ingles, ingles-casa) y de cocinar cena y vianda, Ana toma la difícil decisión de no seguir haciendo más cosas y descansar, una palabra que no estaba en su vocabulario oficial y, que estaba segura, de que en su diccionario tenía otra definición que la que tiene para el resto de los mortales.

Se sirve un vasito de gaseosa, su máximo vicio, estira las piernas en el sillón y revisa el cuaderno de comunicaciones de Mateo esperando encontrarlo vacío.

Claro está, no sólo no estaba vacío, sino que la citaban a una reunión con las maestras para el día siguiente a las 14hs, porque parece que en la escuela de Mateo se olvidaron de practicar la materia planificación y piensan que los padres viven de vacaciones, o peor aún, piensan que todos son dos, o dos papás, o dos mamás, o un papá y una mamá juntos, pero dos y ella era una, una sola.

Después de que el descanso se convirtiera en 15 llamadas telefónicas para organizar el día siguiente, le pregunta a Mateo como le fue en la escuela y si sabía por qué la habían llamado a una reunión.

- Si mamá, te llamaron por Teo, dicen que asusto a otros nenes con historias de terror y, Mica y Male, lloraron.

Ana dejó de escuchar después de que nombrara a Teo, su cara se transformó, la piel se le erizó y, sin entender por qué, se le cayó una sola lágrima. Mateo sabía que tuvo un hermanito mellizo que se llamó Teo, pero nada más; no es un tema fácil para conversar con un nene de seis años.

- ¿De qué me hablas hijo? -, pregunta Ana intentando sonar calmada, pero sin lograrlo.

- De Teo mamá, que vive en esa habitación -, contesta Mateo señalando a la habitación cerrada.

Lo único bueno que dejó el forro de su exmarido cuando se fue después del fallecimiento de Teo fue un 5 ambientes divino en un piso 8 en la mejor zona de Caballito con expensas que casi llegaban al millón de dólares, pero que tenía espacio más que suficiente para dos personas y

para la especie de juguetería que acumuló durante muchos años. El departamento tenía una cocina hermosa, un living aún más hermoso y cuatro habitaciones, de las cuales tres estaban disponibles y una estaba cerrada con llave y esa era la habitación de Teo, a la que solo entraba ella a limpiar una vez por semana, luego la cerraba y así quedaba hasta la semana siguiente.

- ¿Qué sabes de Teo vos?
- Somos amigos.
- ¿Sos amigo de Teo?, ¿sabes que tu hermano no vive más, no?
- Claro mamá, él me lo contó, ¿querés ir a hablarle?

Ana lo sigue a Mateo que, increíblemente, agarra su sillita de juguete, la pone arriba de una banqueta, abre la alacena, agarra una caja de cereal y saca la llave de la puerta de la habitación de Teo.

Ana no sabía si estar asombrada por la destreza de su hijo, de si era más grande la duda por cómo sabía a donde estaba la llave o de porque seguía teniendo un hijo cuando nunca jamás se dio cuenta de que el nene de seis años ponía en riesgo su vida trepándose a una banqueta cada vez que quería hablar con su hermanito muerto.

Mateo abre la puerta y dice:

- Hola Teo.

La luz se prende y se vuelve a apagar.

Ana grita.

- No te asustes mamá, solo quiere jugar. Vení sentate-, le dice Mateo mientras que hace un gesto con la mano para que se siente en el piso con él.

- Vine con mamá hoy, espero que esté bien.

La luz se prende y se vuelve a apagar.

- Ves mamá, él está contento de que estés acá, no entiendo por qué cerras con llave.

La luz se prende, se levanta la persiana y se abre la ventana.

- Mamá, ¿me estás escuchando?

Ana simplemente no podía reaccionar, miraba para todos lados, pero no omitía palabra, no se levantaba; no, no y no.

Mira a Mateo y le sonríe para que siga con toda esa situación a la cual todavía no podía ponerle nombre.

- Teo, sé que no pude venir estos días así que te voy a contar como me fue en basquet, inglés y en la escuela.

Ana escuchó hablar a Mateo como nunca en su vida, prácticamente sabía lo que hacía en la escuela por su cuaderno de comunicaciones. Hasta lo escuchó hablar en inglés para mostrarle a Teo lo que había aprendido.

- Listo Teo, espero que vos estés bien, me voy a comer. ¿Vamos mamá?

Ana se levantó, hizo de comer y acostó a Mateo sin decir una palabra.

Cuando terminó fue a sentarse en la habitación de las cosas raras y dijo:

- Teo, si estás escuchando, por favor no apagues la luz, tengo mucho

miedo.

La luz se apagó; Ana se levantó y se fue. Cerró la puerta con llave, que guardó en otra caja de cereal, en otra alacena.

Les prometió a las maestras que Mateo no iba a asustar a más compañeritos con la historia de Teo y a las tres semanas se mudó.

Alquiló la casa la casa que dejó el ex desaparecido, buscó un barrio lejos de Caballito, aunque eso implicase que su trabajo de remisera personal de su hijo se extendiera unas horas, Mateo lloró y lloró y lloró hasta que después creció y la playstation y la pubertad hicieron que su cabeza se olvidara de Teo, de las luces locas y de las conversaciones con el aire.

Quince años después y con una carrera universitaria en curso, Mateo toma el colectivo hasta Rojas 749 para terminar un trabajo práctico con el grupo que le habían asignado.

Cuando entró a la habitación de Juan el corazón le empezó a latir a una velocidad que no creía posible y comenzó a recordar eso que tenía guardado muy en el fondo, solamente dijo:

- Hola Teo.

Y las luces se apagaron.